

# LA ESPADA DE BAMBÚ

Y OTROS RELATOS DE SAMURÁIS

Shuhei Fujisawa

Traducción del japonés:  
Naoko Narushima

  
QUATERNI

# La espada de bambú

El joven guardia del castillo no quitaba ojo a la extraña familia vestida con harapos que había entrado en la plaza. Se trataba de un samurái y su esposa, que llevaba de la mano a sus dos hijas.

Cuando llegaron a la puerta del castillo, al guardia le sorprendió tanto el desaliño de la familia como la insólita belleza de la esposa, para la que no había visto igual en ninguna aldea cercana. El joven la miró, boquiabierto, hasta que el marido se acercó a la puerta.

—Disculpe, ¿a dónde va? —le preguntó con recelo.

Lo trató de usted, con severidad pero en un tono formal, porque el forastero llevaba dos espadas que dejaban clara su condición de samurái.

Un río pasaba ante la puerta principal del castillo de Unasaka creando un impresionante foso de dieciocho metros de ancho. Cuando el castillo fue construido, ahondaron el río, reforzaron sus dos orillas con muros de piedra y tendieron un puente de acceso desde el que se llegaba a la entrada principal del castillo.

Además de la principal, existían otras once puertas que conducían al patio exterior en cuyo interior se alzaba otro lienzo de murallas que rodeaba la torre del homenaje y dominaba el horizonte. El castillo contaba con arsenales, polvorines, almacenes de vituallas para la soldadesca, establos y oficinas de administración. En el espacio entre murallas se hallaban las viviendas de los súbditos de alto rango, que

proporcionaban además una línea de defensa adicional para la estructura central del castillo.

Había guardias apostados en cada una de las puertas de acceso a la fortaleza pues el castillo recibía la visita de numerosos comerciantes y campesinos, y también de aquellos que debían realizar algún trámite administrativo.

La puerta principal se abría a las seis de la mañana y se cerraba a las seis de la tarde. Mientras estuviera abierta, los comerciantes debían pedir autorización para acceder al recinto y los visitantes necesitaban un permiso de circulación. En los puestos de los guardias se controlaban estos pases.

En este caso, la actitud recelosa del joven guardia no solo respondía a la cautela habitual sino a la evidente pobreza de la familia.

El samurái parecía tener unos treinta y cinco años. Llevaba el atuendo habitual de los samuráis, con su blasón familiar, e iba armado con dos catanas. En contraste con esta vestimenta formal, calzaba unas alpargatas polvorientas y un sombrero de paja agujereado. Su mujer y sus hijas también parecían haber hecho un largo viaje. Esto no era inusual, pero los remiendos de sus ropas eran evidentes. La casaca del hombre había sido lavada tantas veces que el blasón familiar era apenas distinguible.

Los cuatro desconocidos parecían extenuados, sobre todo el padre, cuyas mejillas hundidas estaban cubiertas por una barba descuidada. Era difícil imaginar qué asuntos lo traían al castillo.

—Buenas tardes —dijo con un tono inesperadamente alegre—. Me llamo Tanjyūrō Oguro. He sido samurái de la familia del daimio de Echizen, Matsudaira, de los Tokugawa. Me gustaría hacerle una pregunta.

—Adelante.

—Estoy buscando a un hombre llamado Hachirouzaemon Tsuge.

—¿Tsuge? —El joven guardia se quedó pensando un momento. De repente lo recordó—. Sí, vive aquí.

—¡Dice que vive aquí! —repitió Oguro a su familia.

Los rostros de su mujer y sus hijas se llenaron de alegría. Las niñas brincaron un poco, sin soltar la mano de su madre.

—Hachirouzaemon Tsuge es el comandante del batallón de infantería.

—¿Habéis oído? Es el comandante —repitió Oguro, y su familia volvió a saltar de alegría. A continuación se dirigió al guardia—: Entonces, ¿podría indicarme dónde se encuentra su casa?

—Vive junto a la muralla exterior. —El guardia todavía los miraba con desconfianza—. Si no es indiscreción, ¿podría decirme de qué lo conoce?

Oguro buscó en el interior de su chaqueta y sacó unas cartas atadas con un cordón. Se lamió el pulgar y el índice y las hojeó hasta encontrar una con el nombre del oficial Tsuge, que le mostró al joven guardia.

—No lo conozco personalmente, pero traigo una carta de recomendación.

El guardia le echó un vistazo rápido.

—Entonces, ¿está buscando trabajo?

—Así es.

El joven guardia asintió sin decir nada más y volvió a examinar al samurái y a su familia. Creía recordar que hacía un mes habían contratado a algunos samuráis nuevos, por lo que había visto a muchos hombres como Oguro yendo y viniendo. No obstante, eso había sido en julio y las vacantes ya estaban cubiertas. Después de ver la alegría de la familia, no quería ser él quien los decepcionara.

—Hace tiempo que no sirvo a ningún señor. Nos encontramos en casa de un conocido cuando nos enteramos de que aquí estaban contratando hombres —le contó Oguro—. Afortunadamente, mi conocido es un buen amigo del comandante Tsuge. Me he quitado un gran peso de encima al descubrir que ocupa un puesto tan importante.

—Pueden pasar —dijo el guardia. Al ver que Oguro se guardaba la carta de recomendación, añadió—: Será mejor que se la enseñe también al guardia de la siguiente puerta.

Suponía que el resto de guardias lo detendrían al ver su miserable apariencia. Observó a la familia mientras se alejaba a paso ligero por el puente.

Un samurái que pasaba por allí y, que a juzgar por su atuendo, se trataba de un superior, se burló de la pobre familia.

—No sé qué hace aquí, la convocatoria se cerró hace un mes. Además, me han dicho que han contratado a cinco hombres de más.

—Ya lo suponía, pero me ha dado pena decírselo.

—Bueno, de todas formas se va a enterar enseguida.

## II

Aquel día, Oguro no consiguió conocer al comandante Tsuge, pues estaba fuera por asuntos oficiales.

Cuando la familia se presentó en la residencia de Tsuge, los recibió su joven asistente. Este, al verlos tan harapientos, los miró con desdén y volvió a entrar sin responder al saludo del samurái. En su lugar apareció una mujer elegante y rechoncha de cuarenta y tantos años. Era la esposa del comandante.

Aunque al principio los miró con extrañeza, de inmediato esbozó una sonrisa. A continuación los escuchó con atención y echó una ojeada a la carta de recomendación de Oguro.

—Ya veo —les dijo—. Lamentablemente, mi marido se encuentra fuera y no volverá hasta dentro de cinco días.

—¿Cinco días? —repitió Oguro, decepcionado. Hizo una mueca y la mujer creyó que iba a derrumbarse y llorar, pero el samurái recuperó de inmediato la compostura.

Sabía que aquella familia había puesto todas sus esperanzas en su marido, y su aspecto harapiento la conmovía. Ella no conocía al amigo de Oguro ni sabía nada de las vacantes, pero creía que debajo de aquellos harapos se escondía un espíritu noble. La carta de recomendación decía que el samurái había trabajado para las familias Hiraiwa y Matsudaira. No obstante, no era la historia de Oguro sino el desamparo de su esposa e hijas lo que más la conmovía. La mujer no aparentaba más de veinte años; su hija mayor, que apenas tendría seis años, y la menor, de unos tres, la miraban con ojos inteligentes. Iban vestidas con andrajos pero conservaban el orgullo que les

correspondía como hijas de un samurái. La esposa del comandante intentó consolarlos.

—Mi marido se encuentra en Kōnuma por asuntos oficiales, pero estará de vuelta en unos días. Si queréis, podéis esperarlo.

Kōnuma era una localidad costera situada a treinta y cinco kilómetros de Unasaka.

—De acuerdo. Entonces volveré cuando el comandante Tsuge haya regresado.

—¿Tenéis dónde alojaros? —les preguntó la mujer, preocupada.

—No, pero ya nos apañaremos —respondió Oguro.

—Si queréis, podéis quedaros aquí.

—De ninguna manera —dijo el samurái, negándose con firmeza—. No podemos aprovecharnos de su amabilidad.

—Como queráis, pero prometedme que volveréis dentro de unos días. Yo hablaré con mi esposo a vuestro favor.

—Se lo agradecemos mucho.

Dicho esto, Oguro bajó la cabeza y su esposa e hijas hicieron una profunda reverencia. Antes de marcharse, el samurái vaciló un instante.

—¿Podría devolverme la carta de recomendación?

—Por supuesto —dijo la esposa de Tsuge mientras le devolvía la carta que había mantenido abierta sobre sus rodillas. Lo miró con curiosidad—. Aunque esta carta vas a entregársela a mi marido, ¿no?

—Por supuesto, pero... —Oguro, avergonzado, se rascó la cabeza—. Esta carta es muy importante para mí.

La esposa del comandante entendió que aquella carta era vital para la familia y eso ablandó aún más su corazón.

—Esperad un momento —les dijo cuando ya se marchaban—. Si no encontráis alojamiento, id a la posada Tokiwaya. Allí os tratarán bien.

—Muchísimas gracias.

—Y una última cosa... —La mujer volvió a entrar en casa y regresó con una carta y un hatillo—. No quiero incomodaros, pero os he preparado algunas prendas usadas y una carta para que enseñéis a los guardias la próxima vez que vengáis.



La esposa del comandante quería evitar que les denegaran la entrada debido a su aspecto.

La mujer de Oguro se colgó el hato del brazo y, tras una nueva reverencia, ella y su familia se marcharon. Ninguno de ellos pronunció palabra hasta llegar a la puerta principal.

Cuando llegaron a la plaza tras la puerta, Oguro se detuvo y miró sobre su hombro. El joven guardia estaba mirándolos con recelo. El samurái apartó la mirada.

—No sé qué vamos a hacer... —dijo a su mujer. Sus hijas lo miraron con preocupación—. Creí que todo se arreglaría cuando llegáramos a la casa del comandante Tsuge.

—De todas maneras, es una buena noticia saber que vive aquí y que tiene un cargo importante —le dijo su esposa, intentando animarlo—. No te preocupes, solo tenemos que esperar cinco días.

—Pero ¿cómo vamos a conseguirlo? —le preguntó Oguro con inquietud.

Su esposa bajó la mirada. La noche anterior habían gastado el dinero que les quedaba en una posada de Eguchi. Ese mismo día se deshicieron del último objeto de valor que todavía conservaban, una horquilla de pelo que cambiaron por unas bolas de arroz.

—¿Queda alguna bola de arroz? —preguntó el samurái. Con un poco de comida, podrían pasar la noche durmiendo a la intemperie.

Oguro había sido *ronin*<sup>1</sup> en dos ocasiones. La primera vez fue a finales de diciembre de la era Keian, después de que Hiraiwa, a quien su padre también había servido, falleciera sin heredero. En realidad, Hiraiwa tenía un hijo al que no nombró sucesor por temor a las represalias políticas después de que su suegro eligiera el bando equivocado en la batalla de Sekigahara. Años después, Hiraiwa adoptó a Matuchiyo, el séptimo

---

1 Samurái sin amo.

hijo del sogún Ieyasu, pero el niño falleció cuando tenía seis años. Así fue como, sin sucesor, el clan desapareció.

En aquel entonces, Oguro tenía solo veinte años y tardó tres en encontrar otro amo. Su padre había fallecido y él tenía que mantener a su anciana madre y a una niña de la que la familia se hizo cargo después de que se quedara huérfana cuando apenas tenía cuatro años de edad. Aquella niña, Tami, era ahora su esposa.

Oguro, para mantener a su madre y a la niña, debía encontrar un nuevo señor. Finalmente, entró a trabajar para Yoshida, un miembro importante del clan Matsudaira, gracias a la mediación de un conocido. Corría el año 19 de la era Keicho. Estaba a punto de comenzar una nueva guerra y había una gran demanda de soldados.

El territorio de Hideyasu, el primer daimio del clan Matsudaira, se extendía desde Shimousayūki hasta Echizen, por lo que recibía ingresos de ambos feudos: quinientos sesenta mil *kokus*<sup>2</sup> anuales de Shimousa y once mil de Echizen, unas riquezas considerables que lo convertían en un poderoso señor. Repartía sus ganancias entre sus principales vasallos, de modo que Yoshida recibía un estipendio anual de catorce mil *kokus*. No era un simple súbdito de Matsudaira sino un pequeño daimio.

Yoshida se suicidó durante el asedio de Osaka, un año después de que Oguro entrara a su servicio. Tras esto, empezó a trabajar para otro pequeño daimio, Uzaemon Nagami.

En aquel momento, Uzaemon solo tenía nueve años. Aunque era un niño, sus ingresos superaban los quince mil *kokus* y se le consideraba uno de los señores más importantes del clan Matsudaira. Su padre se había suicidado a los veinticuatro años tras la muerte del sogún Ieyasu Tokugawa, con el que estaban emparentados sus abuelos. Sus subalternos más fieles, entre

---

2 Medida de capacidad empleada para el arroz que equivale a 0,18 m<sup>3</sup> de grano. Se utilizaba en el periodo Edo para calcular la riqueza del feudo, y los samuráis recibían su salario en *kokus*.

ellos Yoshida, se unieron entonces para proteger al joven señor. Y a través de estos vínculos de vasallaje fue como Oguro entró al servicio de Uzaemon.

Dos años después de entrar al servicio de Uzaemon, Oguro se casó con Tami. Tres años después, falleció su anciana madre. Pocos meses más tarde, como si hubiera venido a reemplazar a su abuela, nació su primera hija.

En aquel entonces, Oguro estaba decidido a quedarse en Echizen a pesar de que sus ingresos eran apenas treinta *kokus*, muy lejos de los ciento ochenta que percibía de su señor Yoshida. Sin embargo, él y su mujer estaban satisfechos con lo que tenían.

En aquella época corrían rumores sobre el comportamiento depravado del daimio Tadanao, pero Oguro no hubiera imaginado ni en sus peores pesadillas que esto afectaría a su propia vida.

La desgracia llegó de repente y en el momento menos pensado.

Tadanao había sido muy elogiado por el sogún Ieyasu Tokugawa por el valor que había demostrado en los dos asedios de Osaka. A partir de entonces, el daimio comenzó a comportarse de una manera muy extraña. Su esposa Ochahime, que era la tercera hija del segundo sogún, Hidetada, se marchó a Edo llevándose a su hijo. Tanto Tadanao como Ochahime eran nietos del primer sogún, Ieyasu, y se habían casado cuando ella solo tenía once años. Su hijo Senchiyomaru nació cuando ella tenía quince años, pero la relación matrimonial estaba tan deteriorada que se rumoreaba que Tadanao pretendía asesinar a su esposa e hijo para estar más tiempo con su concubina, Ikkoku Okuni. Cuando Ochahime lo abandonó, Tadanao se dejó influenciar por Oyamada Tamon, un adúlador a quien ascendió a un alto puesto.

Ikkoku, su concubina, disfrutaba tanto de las ejecuciones que Tadanao exigía que estas se realizaran en su presencia. Cuando no había condenados a muerte, Tadanao ordenaba ejecutar a delincuentes comunes para satisfacción de su amante, y a veces incluso encomendaba tareas imposibles a sus sirvientes

para sentenciarlos si se negaban a obedecer. Una vez, Tada-  
nao obligó a un criado a que se tragara una moxa y disfrutó  
viendo su agonía; a otro lo tiró desde la torre del castillo.

En una ocasión, el adulador Tamon invitó a Ikkoku y  
Tadanao a un particular banquete en su mansión. Los recibió  
en el jardín que había decorado con cabezas humanas recién  
cortadas, lo cual hizo las delicias de la diabólica pareja.  
Luego hizo salir a una mujer embarazada y le golpeó la  
barriga con un gran mazo hasta que abortó, un espectáculo  
horripilante que procuró gran diversión a sus invitados.

En 1622, seis años después de que Oguro entrara al ser-  
vicio de Uzaemon, Tadanao le exigió que le entregara a su  
madre como concubina. La madre de Uzaemon era una joven  
viuda de treinta años que no había vuelto a casarse después  
de la muerte de su marido; era famosa por su belleza y, al  
haber tenido solo un hijo, conservaba su figura. Entonces  
empezaron las desgracias para Oguro.

Uzaemon se negó a obedecer a Tadanao y se atrincheró  
con todos sus vasallos en su residencia. Mientras tanto, su  
madre se rapó la cabeza y se hizo monja. Cuando Uzaemon  
sorprendió a Tadanao intentando colarse en su mansión, le  
disparó con un arcabuz pero erró. El conflicto permaneció  
estancado hasta el siguiente Año Nuevo, cuando Tadanao,  
aprovechando que su rival había enviado a casa a sus vasa-  
llos para las celebraciones, aprovechó la oportunidad para  
atacar. Uzaemon, viéndose perdido, prendió fuego a su casa  
y se quitó la vida.

En el fragor de la batalla, Oguro se enteró del suicidio de  
su señor y se escabulló para salvar a su mujer y a su hija  
y reanudar su errabunda existencia en busca de un nuevo  
señor. Así pasaron cinco años, durante los que tuvieron a su  
segunda hija.

Se acostumbró a la vida en la carretera y al final dejó de  
importarle que su miserable apariencia fuera objeto de burla.  
Mientras su familia tuviera comida, a Oguro no le importaba  
dormir bajo el alero de una casa. Aceptaba cualquier trabajo,  
ya fuera cortar leña para una posada o arreglar carreteras.

Lo único que importaba era conseguir algo de comida para seguir aguantando unos días.

—Lo siento —le dijo Tami con pesar—. Quedaron tres bolas tras el almuerzo, pero las niñas y yo nos las comimos cuando nos detuvimos a descansar en la colina, antes de llegar al pueblo.

«Bueno, se las habrán comido mientras yo dormía», se dijo Oguro. Su mujer y sus hijas eran delgadas pero tenían un apetito sorprendente, sobre todo la pequeña, que acababa de cumplir tres años y comía como una adulta.

—Qué le vamos a hacer. Bueno, vamos a la posada que nos ha recomendado la señora —propuso Oguro.

—Pero, cariño, si no tenemos dinero.

—Tranquila, se me ha ocurrido una idea.

Estaba seguro de que en la posada no los admitirían. Debido a su aspecto, siempre se veían obligados a pagar por adelantado, pero esta vez no tenían dinero. Lo único que tenían era la carta de recomendación del comandante Tsuge, prueba de la identidad de Oguro, y el salvoconducto que les había facilitado su esposa; con estos documentos era impensable que alguien les diera con la puerta en las narices. Una vez alojados, no tendrían que preocuparse hasta que contrataran a Oguro cinco días después.

—Sabía que se te ocurriría algo.

Tami confiaba en su marido y lo apoyaba incondicionalmente. Aunque se vieran en verdaderos apuros, Oguro siempre acababa resolviendo el problema.

Preguntaron la ubicación de la posada Tokiwaya que les había aconsejado la esposa de Tsuge, pero en lugar de acercarse a la puerta se detuvieron a cierta distancia.

Tokiwaya era una posada majestuosa con una entrada principal digna de la mansión de un samurái. Estaba muy concurrida y ninguno de sus huéspedes parecía tan pobre como ellos. Una sirvienta salió a encender el farolillo que colgaba de la puerta y volvió a entrar rápidamente haciendo

sonar sus sandalias de madera. Parecía que el negocio iba viento en popa. La luz del farol iluminaba en el crepúsculo el letrero que decía POSADA TOKIWAYA.

—No creo que este sitio sea adecuado para nosotros. Vamos a buscar otra posada más modesta.

Oguro se adentró en la calle oscura y las tres mujeres lo siguieron.